

EL BINOMIO: TEXTO BIBLICO Y DESTINATARIOS

EN la exégesis bíblica hay un principio fundamental bastante olvidado, o no claramente dilucidado, y es el que se centra en el binomio: *texto bíblico y destinatarios* del mismo, cuestión mucho más ardua de lo que pudiera imaginarse a través de tan simple enunciado, puesto que encierra numerosos problemas de largo alcance e implicaciones múltiples en el tiempo y ambientes diversos.

En toda agrupación humana, por exigua y elemental que sea, como el clan o la tribu, pero mucho más en las grandes colectividades, antiguas o modernas —sin excluir las actuales democracias, tantas veces puramente nominales—, que llamamos pueblos, naciones, reinos, imperios (si realmente queda ya alguno), Estados, hay que distinguir dos estamentos básicos: los dirigentes y los dirigidos.

En el antiguo pueblo de la Biblia, desde sus comienzos como tal, con el clan abrahamita, la jefatura del mismo aparece manifiesta: primero, los patriarcas (Abraham, Isaac, Jacob), asesorados y ayudados por sus esposas, familiares y deudos más allegados o de especial confianza. Después, los *filarcos* o jefes de las Doce Tribus (*šēbātīm*, pl. de *šēbet*, “tribu” y también “vara”, emblema del mando, que lleva el jefe de la misma). Posteriormente, desde el Exodo de Egipto, un jefe supremo, auxiliado por su consejo asesor: Moisés, con su hermano Aarón y también su hermana María “la profetisa”; así como los jefes

de millar, de centena (centuriones), de cincuentena, de decena (decuriones), que por consejo de Jetró, su suegro, estableció Moisés poco antes de la teofanía del Sinaí. Se va perfilando el Consejo (o Concejo) de los Ancianos.

Le sucede Josué, quien heredó con el mando supremo la organización anteriormente constituida, “ancianos, jefes, jueces y oficiales”, concretamente citados en el libro de su nombre (Js 24¹), aparte de la estructuración básica de las Tribus y jerarquía militar.

A la muerte del caudillo, “los ancianos que le sobrevivieron y conocían cuanto había hecho Yavé en favor de Israel” (ib. v. 31) representaban el elemento directivo, que continuaría indefinidamente, como substrato permanente de la Autoridad; pero en momentos críticos los llamados “Jueces de Israel” asumirán todo el poder, militar y político. “Yavé suscitó jueces, que los libraron de los salteadores (Jc 2¹⁶⁻¹⁹).

A petición del pueblo, sugestionado por el ejemplo del régimen monárquico, generalizado en los demás pueblos, Samuel, profeta y último Juez de Israel, implanta la monarquía, que perdurará hasta la cautividad de Ninive por lo que al reino de las Diez Tribus se refiere, y la de Babilonia para el reino de Juda. Los reyes, aun siendo absolutos, como todos en aquellos remotos tiempos, tiene su cuerpo de consejeros, letrados y colaboradores inmediatos.

Desde Aarón, primer Sumo Sacerdote de Israel, la casta sacerdotal ejercerá las funciones del culto, y al propio tiempo serán sus miembros los representantes de la cultura en todas sus manifestaciones.

A partir de Moisés, reconocido como legislador y organizador del pueblo hebreo, ya desde la preparación de la salida de Egipto, “el país de la servidumbre”, se fueron elaborando los Libros Sagrados, que constituirán *in aeternum* el más preciado tesoro de Israel. En ellos, tal como han llegado a la posteridad, a través de larga y complicada elaboración, se da comienzo por los relatos de la Creación del mundo y del hombre, como preliminares, de un valor extraordinario para todas las edades futuras, hasta el día de hoy y para siempre, de la historia del pueblo de Dios, que se inicia en el capítulo 11¹⁰⁻³² del Génesis, con la aparición en escena de Abraham, progenitor de ese pueblo, y su familia.

Hasta los tiempos próximos al advenimiento del anunciado Mesías —unos trece siglos—, en que se clausura el A. Testamento, se irán elaborando una serie de escritos admirables y variados en su forma y contenido, con la historia de las divinas revelaciones, la del propio pueblo, con sus luces y sus sombras, sus brillantes poemas y su profunda sabiduría, sus oráculos y su didáctica, sus estatutos y leyes minuciosas.

Todos esos libros fueron escritos en primer término para los coetáneos respectivos del pueblo de Israel. A ellos se aplican, como al nuevo Israel, que serán los cristianos, las palabras del apóstol San Pablo: “Todo cuanto está escrito, para nuestra enseñanza fue escrito, a fin de que por la paciencia y por la consolación de la Escrituras estemos firmes en la esperanza” (Rm 15⁴).

Y surge ahora la pregunta capital, a la que se encamina todo el preámbulo precedente, implícitamente contenida en el título de este trabajo: ¿En qué forma y cuantía se comunicó a la masa del pueblo de Israel en cada época y momento el contenido de esos libros, que al clausurarse el canon antiguotestamentario sumaban un vasto elenco? La respuesta es muy compleja, contra lo que pudiera creerse a través de un criterio demasiado simplista; como que ante todo habría que dilucidar puntualmente las intrincadas cuestiones relativas a los autores y cronología de cada libro escriturario, su forma de composición primitiva y todo un cúmulo de circunstancias y problemas implicados en materia de tanta envergadura. Por tal motivo, no hay más remedio que simplificar todo lo posible lo fundamental de tan ardua materia.

Es evidente que siendo el Antiguo Testamento el libro de la Alianza de Yavé con su pueblo, su divino mensaje a los hijos de Israel, la “historia de la salvación”, como actualmente acostumbran a decir los exegetas —incluyendo el Nuevo Testamento, para el pueblo cristiano—, a ellos debía transmitirse el sagrado depósito, y no ya solamente a una minoría selecta de dirigentes o jurisperitos, sino absolutamente a toda la masa popular.

Tenemos además y sobre todo el testimonio explícito de numerosos lugares del sagrado texto, donde se intima a Moisés, por lo que al Pentateuco se refiere, la orden terminante de que se comunique al pueblo la Palabra y preceptos de su Dios. Ese

mandato expreso no podía transgredirse. "Habla a los hijos de Israel y diles" (Lv 1²) es una fórmula que se repite hasta la saciedad en los cuatro últimos libros del Pentateuco, desde Ex 3¹⁴.

Notemos de pasada que la cuestión del conocimiento de la escritura en la época mosaica sería totalmente ociosa y trasnochada, puesto que a lo largo de esos libros se encuentran reiteradas menciones (v. gr. Ex 17¹⁴, 32^{16,32}, 24^{4,12}, 34⁸, Nm 5²³, Dt 27^{2-3,8}, 11²⁰, etc.), y, por otra parte, la historia de Egipto en aquella remota edad no deja lugar a duda sobre el particular.

Ahora bien, la cuestión de quiénes compusieron esos escritos, así como la forma, momento, circunstancias y demás concomitantes de la pública lectura de tales documentos, es muy distinta.

Es muy probable y de alguna manera se trasluce en ciertos pasajes, sobre todo de algunos Profetas, que se leía o se exponía al pueblo en ocasiones una ampliación de lo que en forma resumida, a modo de síntesis, figura en el texto escriturario. La explicación pertinente de los pasajes oscuros por su forma poética, simbólica, figurada, se efectuaría seguramente por el propio escritor, su secretario o amanuense, o bien por personas calificadas, como eran los sacerdotes y levitas, depositarios de esos libros, cuando se trataba de escritos de épocas anteriores, caso de la lectura periódica de la Ley de Moisés y estatutos del pueblo. Así, en el libro de Nehemías, capítulo 8, se narra la pública lectura del "libro de la Ley de Moisés, dada por Yavé", que "llevó Esdras ante la asamblea, compuesta de hombres y mujeres, de cuantos eran capaces de entenderla" (vv. 1-2).

El pasaje es sumamente interesante y aleccionador por los numerosos detalles que se consignan. "Esdras estuvo leyendo el libro desde la mañana hasta la tarde en la plaza" (v. 3). Varios levitas, que se nombran, "explicaban la Ley al pueblo atento" (v. 7). "Leía el libro de la Ley de Dios clara y distintamente, entendiendo el pueblo lo que se leía" (v. 8).

Hay otro episodio, anterior a éste en varios siglos, también muy instructivo: aquél en que se cuenta "el hallazgo en el templo de Yavé, del libro de la Ley", en tiempo de Josías, rey de Judá, suceso acerca del cual no están acordes los exegetas, pues se discute si fue todo el Pentateuco, el Deuteronomio, o una parte de éste. Lo indudable, que se deduce del texto mismo, es,

como apuntan los traductores Nácar-Colunga, “la sorpresa y gran conmoción que en el rey y en el pueblo produce el hallazgo”. “El rey hizo reunir junto a él a todos los ancianos de Judá y de Jerusalén, y subió luego a la Casa de Yavé con todos los hombres de Juda y todos los habitantes de Jerusalén, los sacerdote, los profetas y todo el pueblo, desde el más pequeño hasta el más grande, y *leyó* delante de ellos todas las palabras del libro de la alianza que se había encontrado en la Casa de Yavé” (II R 22^s-23^a).

Olvidos y abandonos colectivos de esta clase hubo seguramente en gran número a lo largo de la historia de Israel, respecto a sus Libros sagrados, con las tristes consecuencias que de ello se derivan.

Por otra parte, refiriéndonos al episodio referido en el libro de Nehemías, todo un milenio, por añadidura en historia tan accidentada como la de Israel —calculemos por lo que representa en nuestra historia política y literaria— es un lapso enorme, que implica cambios trascendentales en la cultura, lengua, vicisitudes, ideología, complejos siquicos, situaciones varias en un pueblo. La recta exégesis de libros tan antiguos y positivamente difíciles de penetrar en todo su contenido y alcance, sufriría más de un eclipse, llegándose incluso a deformaciones y extrañas orientaciones tal vez muy apartadas de su auténtico y genuino sentido.

Pudiera objetarse tal vez que, en primer lugar, la especial providencia de Dios respecto a su soberano mensaje dirigido al pueblo escogido, como primer destinatario, y a la humanidad entera de todos los tiempos en último término, y, por otra parte, el reconocido tradicionalismo a ultranza y veneración de Israel hacia sus Sagrados Libros, que supone conservar y defender heroicamente en circunstancias tan terribles como la destrucción de Jerusalén y demás ciudades del reino de Judá por Nabucodonosor, y el cautiverio subsiguiente en Babilonia durante 70 años, esas razones y otras que pudieran alegarse eran otros tantos valladares que salvaguardaban la integridad y pureza de interpretación de esos libros.

Aun más terrible por las consecuencias, que aún perduran al cabo de dos milenios, fue la destrucción de la Ciudad Santa y su Templo, y la desaparición de Israel como nación por obra de

Tito (70 d. C.). Sin embargo, el pueblo hebreo salvó su tesoro literario y religioso, en aquel tremendo naufragio, que inicia la Diáspora por todo el mundo, lo cual le hace acreedor a eterna gratitud, porque ese tesoro ha venido a ser patrimonio de toda la humanidad, dado que el divino mensaje que en él se encierra es ecuménico.

Pero, inevitablemente, al cabo de los siglos, el lenguaje, estilo literario, concepto de la religión en todos sus aspectos hubieron de sufrir notables transformaciones. Surgen diversas escuelas, algunas tan diametralmente irreductibles como la de Hillel y la de Sammay, que casi sistemáticamente adoptan criterios opuestos en cuanto a la interpretación de normas y preceptos legales. Un frío formalismo, recargado de minuciosas observancias, era la norma de conducta en la poderosa e influyente corporación de los fariseos, en tanto que los saduceos hacían alarde de epicureísmo y repulsas por ciertas creencias religiosas. Por otra parte, la Cábala empezó a derivar por extraños derroteros en la interpretación del texto escriturario.

En tales condiciones, no es de extrañar que, pese a la actividad desplegada en las Academias palestinenses y en las de Babilonia, que mantuvieron durante el primer milenio de la Diáspora el fuego sagrado de los estudios bíblicos y su prolongación, los talmúdicos, la exégesis de muchos pasajes y de ciertos libros del A. T., se apartará de la genuina significación que le dieron los hagiógrafos. Ciertamente lo substancial se ha conservado, pero hay que reconocer asimismo se han venido arrastrando desviaciones lamentables que desembocaron en una especie de *infantilismo*, aliado con una exagerada y absorbente interpretación *taumatúrgica* que durante siglos ha viciado la exégesis escrituraria de no pocos pasajes, v. gr., los primeros capítulos del Génesis, y numerosas expresiones figuradas que esmaltan los relatos históricos ¹.

Afortunadamente, hoy día a la luz de la Arqueología, la Lingüística, Historia comparada de las religiones y demás Ciencias

¹ Cfr. nuestro estudio en "Cultura Bíblica" (VI), 1949, pp. 146-149 y 176-179): *Dos maneras erróneas de entender la Sagrada Escritura* (Infantilismo y taumaturgia),

auxiliares bíblicas se van adoptando posiciones y enfoques muy distintos de los inveterados. La aquiescencia previa al divino mensaje de la Biblia no cierra las puertas a la inteligencia del mismo en todos sus aspectos, más bien prepara el camino: *credo ut intelligam!*

Reasumiendo el núcleo de la cuestión, diremos que los Libros Sagrados de los hebreos, a diferencia de lo que la Historia nos revela en otros pueblos de la antigüedad, no fueron patrimonio exclusivo y reservado de una minoría, de una casta cerrada, sacerdotal o cualquier otra forma de aristocracia intelectual, sino que fueron escritos con destino a toda la comunidad, para adoc-trinamiento y en beneficio de la misma, cuyo tesoro más preciado llegaron a constituir. Eran el mensaje divino, cuya promulgación pública y solemne se inició en la teofanía del Sinaí con la proclamación del Decálogo.

Yavé es el supremo Maestro de Israel, a quien instruye por ministerio de los hagiógrafos, profetas, salmistas, proverbistas y demás hombres preclaros que constituyen la aristocracia espiritual del pueblo de Dios en la época veterotestamentaria. Y como la Biblia está integrada por el conjunto de los libros correspondientes a la antigua y a la nueva Alianza, el A. y el N. Testamento, es necesario añadir, como se nos declara al principio de la Epístola a los Hebreos, que el mismo “Dios que muchas veces y de muchas maneras habló en otro tiempo a nuestros padres, por ministerio de los Profetas, últimamente nos habló por su Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos” (Hb 1¹⁻²). Y, como consecuencia, se añade poco después: “Por tanto, es menester que con la mayor diligencia atendamos a lo que hemos oído, para no apartarnos del buen camino” (ib. 2¹). Y el mismo Apóstol Pablo sintetizando la finalidad y destino de los Sagrados Libros, nos dice textualmente: “Toda Escritura es divinamente inspirada y útil para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y consumado en toda obra buena” (II Tm 3¹⁶⁻¹⁷).

En diversos lugares del A. Testamento se atestigua esa misma finalidad, el divino magisterio de la Palabra de Yavé, en todas sus formas: “Guarda, Israel, las leyes y mandamientos que

yo te inculco y ponlos por obra... No añadáis nada a lo que os prescribo, ni nada quitéis, sino guardad los preceptos de Yavé, vuestro Dios, que yo os prescribo" (Dt 4¹⁻²). El salmista reconoce y proclama paladinamente: "Tú, oh Dios, me adoctrinaste desde mi juventud" (Sl 71¹⁷). El mismo Señor declara por Isaías, dirigiéndose a su pueblo: "Yo soy Yavé, tu Dios, que para utilidad tuya te enseña y te pone en el camino que has de seguir". ¡Ah!, si hubieses atendido a mis mandamientos, tu paz sería como un río y tu justicia como las olas del mar" (Is 48¹⁷⁻¹⁸).

Pero no solamente se inculca con insistencia la atención a las divinas enseñanzas y preceptos, la adecuada ilustración y aprendizaje en ese orden y la fiel observancia, sino también la obligación en los padres de transmitir a sus hijos ese precioso legado: "Poned, pues, en vuestro corazón y en vuestra alma las palabras que yo os digo; atadlas por recuerdo a vuestras manos y ponedlas como frontal entre vuestros ojos. Enseñádselas a vuestros hijos, habladles de ellas, ya cuando estés en tu casa, ya cuando vayas de viaje, al acostarte y al levantarte; escribelas en los postes de tu casa y en tus puertas" (Dt 11¹⁸⁻²⁰).

En el elogio, al par que semblanza, que el Eclesiástico dedica a Moisés y a su hermano Aarón (Eclo 45), se hace hincapié en esa misión específica que a entrambos se les confió, de "enseñar la Alianza y los mandamientos de Yavé a Jacob y sus juicios a Israel".

En un cuerpo doctrinal tan completo y tan complejo como la Sda. Escritura, panorama que se despliega a lo largo de la historia de Israel y principios de la Iglesia, es lógico se encuentren admoniciones especialmente dirigidas a una clase particular de personas y hasta a determinados personajes. Son muchos los ejemplos que podían aducirse, tanto del A. como del N. Testamento, bien claros e instructivos. Pero aun esas enseñanzas, incluso cuando obedecen a una situación o suceso aislado, encierran siempre una trascendencia universal.

No obstante, sin mengua de esos valores ecuménicos, que jamás prescriben, fuerza es reconocer que unos hallarán más substancia espiritual aprovechable y otros, menos, según la capacidad y disposición o circunstancias de cada cual. Esa variedad gustativa está magníficamente representada en lo que

ocurría con el maná, según testimonio del libro de la Sabiduría: “Proveíste a tu pueblo de alimento de ángeles, y sin trabajo les enviaste del cielo pan preparado, que, teniendo en sí todo sabor, se amoldaba a todos los gustos. Y ese alimento tuyo mostraba tu dulzura hacia tus hijos, ajustándose al deseo de quien lo tomaba, y se acomodaba al gusto que cada uno quería” (Sb 16²⁰⁻²¹). El mismo autor sagrado aplica, pocos versículos después, ese símbolo a la palabra de Dios, en estos términos: “Para que aprendan, Señor, tus amados hijos que no tanto la producción de los frutos alimenta al hombre, cuando tu Palabra, que conserva a los que creen en Tí” (v. 26).

Siempre existieron en el pueblo de Israel espíritus selectos y almas privilegiadas que bebieron con mayor avidez y deleite las aguas sabrosas de la divina Escritura, y a su meditación y paladeo espiritual dedicaron su vida entera. El Salmo 1.º, expresiva síntesis de la distinta vida y final del justo y del ímpio, declara bienaventurado al que, lejos de seguir el consejo de los perversos o, lo que es aún peor, detenerse en las sendas de los pecadores empedernidos o tomar parte en las reuniones de los burladores, “tiene en la Ley de Yavé su complacencia, y de día y de noche la medita”. No es menester puntualizar que el término de “Ley de Yavé” en infinitos lugares del texto sagrado, cuando no se habla específicamente de ella, es sinónimo de la Palabra de Dios, la Sagrada Escritura en general. En esta amplia acepción ha de tomarse ese término y los otros siete que con él alternan en el Salmo 119, el magno poema de la Ley de Dios, en el que hallamos expresiones tan regaladas como ésta: “¡Cuán dulces son a mi paladar tus oráculos, más que la miel para mi boca” (v. 103).

También en la Iglesia han existido siempre diversos niveles y grados en el aprovechamiento de esas fuentes de agua viva, en consonancia con la “diversidad de dones, que otorga un mismo Espíritu, y diversidad de ministerios que señala el mismo Señor”, como detalladamente expone San Pablo (I Cor 12).

Cabe señalar, en primer término, como distinción más marcada, la que representa la exégesis doctoral, propia de los tratados teológicos, la alta docencia y magisterio superior eclesiástico, y la pastoral, homilética, de predicación popular, cuyo

objetivo es la instrucción y edificación de la masa general de los fieles cristianos, los cuales pueden y deben completar su formación mediante la asidua lectura y meditación de los Sagrados Libros. No son opuestas ambas orientaciones, pero sí notoriamente distintas en su nivel, forma de exposición, profundidad y alcance.

El Apóstol de los gentiles, dirigiéndose a los fieles de Corinto, recién convertidos, “como niños en Cristo”, les dice: “Os di a beber leche, no os di comida, porque aún no la admitías, y ni aún ahora la admitís, porque sois carnales” (I Cor. 3¹⁻²). Pero, como dice el Salmista, “la Ley de Yavé es perfecta, restaura el alma, el testimonio de Yavé es fiel, hace sabio al simple (Vulg. *parvulis*)” (Sl 19⁸), y las sabias sentencias de los “Proverbios de Salomón” y demás libros sapienciales tienen como finalidad “dar a conocer la sabiduría y la disciplina..., procurar sagacidad a los simples, perspicacia y circunspección a los jóvenes” (Pr 1^{3,4}); en consecuencia, los progresos en el conocimiento de la Palabra de Dios no se harán esperar.

Añadamos algunas otras consideraciones, de distinto carácter y categoría. La Palabra de Dios es inmutable, perdurable, imperecedera, “permanece para siempre” (Is 40⁸, I Pd 1²⁵), y, sin embargo, según la acertada afirmación del P. Lacordaire, la Biblia es un libro “qui se fait chaque jour”, constantemente se renueva y cada generación o época puede descubrir en ella nuevos panoramas e insospechadas perspectivas. Aparte de que hay a veces momentos o períodos en la historia de la humanidad en que se diría, como deploraba el Salmista, “no hay piadosos, ya no hay fieles entre los hijos de los hombres”, o, como interpreta la Vulgata, “descaecieron las verdades (*imminutae sunt*) entre los hijos de los hombres” (Sl 12²).

En el flujo y reflujo que marca el proceso de la cultura y civilización humana, pueden notarse luces y sombras, avances y retrocesos, ocasos y amaneceres, muertes aparentes y resurgimientos. En épocas de escaso o nulo aliento poético— tal la presente— es difícil y hasta imposible captar el alto sentido espiritual, alegórico, místico que encierran los poemas y creaciones de sutil inspiración que alumbraron los genios de pretéritas edades y comprendieron y admiraron sus coetáneos. En nues-

tros días, en que la Ciencia y sus aplicaciones han conseguido realizar verdaderos portentos, el genio poético parece nublado y hasta desaparecido del haz de la tierra; la inmensa mayoría de las gentes, lo mismo cultas que iletradas, son incapaces de entrever y saborear las bellezas y finuras de eximios poetas y escritores que florecieron hace menos de cien años.

Nada extraño, por consiguiente, admitida, como no se puede por menos, esa constante histórica, que los judíos, cuando “la profecía calló”, y aun antes, hubieran perdido y sintieran amornado ese *sentido especial* que Jesucristo resucitado “abrió a sus discípulos, para que entendieran las Escrituras” (Lc 24⁴⁵). Naturalmente, no es que se hubiera perdido del todo. Los dos discípulos de Emaús cuando su misterioso compañero de viaje les va explicando las Escrituras que hablan del Mesías, sentían enardecerse su corazón. La tradición judaica —otro ejemplo— siguió dando al Cantar de los Cantares su genuina interpretación de poema alegórico, que celebra el místico desposorio de Yavé con la nación hebrea.

Quizá hasta pudiera hablarse de exégesis *exotérica*, para la masa popular, el gran público, y *esotérica*, reservada para los iniciados. El hecho de que los primeros capítulos del Génesis, que nos parecían tan sencillos, y no lo son, conceptuados como relatos infantiles, cuando están repletos de alta Filosofía, sublime Teología y divina Poesía, no se leyeran ni se autorizase su lectura hasta pasados los treinta años, entre los antiguos judíos, según testimonio del propio San Jerónimo, demuestra claramente que los rabinos veían en ellos un estilo especial figurado, una manera recóndita de narrar sublimes arcanos que fundamentalmente suponían no estaba al alcance de cualquier inteligencia inmadura o escasamente cultivada.

Estas consideraciones pueden arrojar alguna luz sobre las dificultades que encierra la adecuada interpretación del texto bíblico, lo mismo hoy día para nosotros que antaño para los judíos, y la absoluta necesidad de buscar la conveniente ayuda y subsidios exegeticos. Ya la dijo el Doctor Máximo escriturario: “En la Sda. Escritura nadie puede adentrarse sin un guía adecuado”. ¿Por qué y para quiénes, si no, escribió el genial Maimónides su *Guía de perplejos*, dirigida precisamente a quienes

por su imperfecto conocimiento de los misterios de la Escritura se encuentran como desorientados en la interpretación de tantos pasajes y expresiones bíblicas?

Por otra parte, Dios ha querido que cada época vea en la divina Escritura *su propio mensaje*, y lo más importante en el plan positivo y realista que debe presidir la exégesis escrituraria, lo propio que las demás investigaciones y actividades humanas, es que cada generación, cada momento histórico encuentre en la Escritura el eco más apropiado a su psicología y su nivel científico o cultural, sin detenerse demasiado en formular complicadas problemáticas, que más bien obnubilan la inmaculada claridad de la divina Palabra, o añaden extrañas sombras a sus recóndidos arcanos.

La meditación serena, amorosa de la Carta Magna enviada por Dios a sus hijos, los hombres de todos los tiempos y lugares, debe servir para ayuda y robustecimiento de su vida espiritual, fin supremo del divino mensaje, de la "historia de la salvación", ya que, en definitiva: "aquél que se salva, sabe - el que no, no sabe nada".

David Gonzalo Maeso